

SEPTIEMBRE EN RÍO SANTIAGO

CÉSAR A. BARROS BIES

La misión del oficial de marina establece tres actividades bien diferenciadas. Las dos primeras: “conducir hombres y manejar buques” son, de hecho, las tareas cotidianas y permanentes de la vida naval, el pan nuestro de cada día. En cambio, la tercera: “emplear sus armas para la defensa de la patria en el mar”, no siempre llega a plasmarse en toda una larga carrera, tal como ocurrió en nuestra Armada desde comienzos del siglo XX.

Nuestra generación conoció con creces los avatares de la guerra en tres oportunidades: la Guerra Civil acotada de septiembre de 1955, la Guerra Revolucionaria de los años 70 y la Guerra de Malvinas. Todas dejaron enseñanzas, dolor, cuestionamientos profundos y recuerdos que de cuando en vez nos sacuden, haciéndonos revivir sentimientos e imágenes de una intensidad tremenda. Tan tremenda como es siempre la guerra.

Por haberla vivido a los veintinueve años siendo apenas un oficial en ciernes, por tratarse del primer conflicto aeronaval de la historia argentina librado entre compatriotas, en consonancia con una dolorosa herencia histórica y, básicamente, por la impronta que dejó en nuestros cuerpos y espíritus, es que la considero la experiencia profesional de mayor trascendencia y profundidad de mi carrera naval.

En la Escuela Naval

Todo comenzó con un prematuro y extraño toque de diana (en realidad era “a las armas”) de ese inolvidable viernes 16 de septiembre de 1955. La noche anterior habíamos pululado por los túneles hasta tarde, preparándonos para los exámenes bimestrales que comenzarían ese día y haciendo gambitos de todo tipo para evitar una colisión con el teniente Cristiani, cuya actividad como oficial de guardia solía depararnos recurrentes sorpresas, a la par que colmaba de partes el buzón de castigos de cuarto año.

Minutos después, provistos de nuestros correajes y máuseres 1909, formamos en el Patio Cubierto. Allí y ante un requerimiento de nuestro suboficial mayor, el Jefe del Cuerpo, capitán de fragata Juan Carlos Bassi, nos informó que “...se prevé una acción revolucionaria. Los cadetes se han armado para defender su Escuela y su Marina”. No nos quedaron dudas.

Acto seguido se convocó a la dotación del torpedero *La Rioja* y luego se pidieron voluntarios para completar la del *Cervantes*. Nos presentamos en masa pero, luego de una rápida selección, fuimos designados unos cuarenta cadetes de cuarto, tercero y segundo años.

El Capitán de Corbeta César A. Barros Bies ingresó a la ENM el 18 de enero de 1951 y egresó como guardiamarina de cuerpo de comando el 30 de octubre de 1956. Destinos: Cro. 9 de Julio, BT Punta Loyola, oceanográfico Bahía Blanca, hidrográfico Madryn, BDI N° 1 (comandante), rompehielos Gral. San Martín, remolcador Quilmes (comandante), Escuela de Aplicación, fragatas Sarandí y Azopardo, portaaviones Independencia, transporte Lapataia, Escuela de Inteligencia, CIAO, BDD Cándido de Lasala, ESMA, SIN, Comando Naval, destructor Seguí, Escuela de Guerra y SIN. Pasó a retiro el 1° de julio 1977. Fue convocado al servicio activo el 5 de octubre de 1978 y autoconvocado el 2 de abril de 1982, en ambos casos para cumplir tareas de Inteligencia.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 811

Mayo/agosto de 2005

Recibido: 27.4.2005

Desde ahí a la ropería de Ulesias, ya abierta de par en par, para tomar nuestro coy y bolsa (a la que engrosamos con algunas prendas extra), luego estación en el Puesto 5 y finalmente a los torpederos, cuyos comandos eran ejercidos por los capitanes de fragata Rafael Palomeque Barros y Pedro J. Gnavi respectivamente.

La partida

Zarpamos del Astillero Río Santiago alrededor de las siete, con un cielo plomizo que presagiaba mal tiempo. Íbamos hacia el Río de la Plata con la misión de bloquearlo y controlar el tráfico marítimo y lo hacíamos en una unidad afectada hasta ese día por reparaciones generales.

La primera imagen que registra nítidamente mi memoria es la de los obreros de los frigoríficos Swift y Armour, volcados en masa sobre los playones que orillan las Cuatro Bocas de Río Santiago. Silenciosos, con brazos en jarras los más, observaban nuestro paso con actitudes alternativas de curiosidad o desafío.

Pocos minutos después, en medio del canal, una voz tonante me llamó a la realidad: “Cadetes, preparen la tartamuda”, fue la jocosa directiva del capitán Barilari a mis compañeros Zamora y Toledo, quienes luchaban por encastrar una pesada ametralladora Madsen 7.65 en su soporte fijo. Tarea de triste final: en la primera virada brusca en evasión de ataques aéreos fue a dar al fondo del río.

Salimos del canal cubriendo puestos de combate. Las dotaciones de las ametralladoras Bofors 40/60 uno y dos habían sido cubiertas con cadetes y estaban a cargo de Prósperi y Cánepa respectivamente; en tanto el montaje doble o número tri fue servido por personal del buque. Las chilleras estaban repletas y la tensión iba en aumento.

Avanzábamos en línea de frente con el *La Rioja* con arrumbamiento general este, cuando avistamos un avión no identificado sobrevolando el área de la Escuela Naval. Más tarde divisamos entre nubes a un transporte De Havilland de la Fuerza Aérea con clara misión de patrullaje sobre nuestras unidades que, tras corto seguimiento, volvió a “pies secos”.

El combate

Cerca de una hora después llegaron cuatro Gloster Meteor que iniciaron la acción sin demoras. Vimos levantarse una cortina de agua por el través de estribor del *La Rioja* provocada por ráfagas de los cañones de 20mm e inmediatamente la respuesta atronadora de las armas antiaéreas del torpedero. “¡Hijos de... tiran a matar!”, fue la automática reacción del negrito Cejas, en tanto Castellano me confiaba que se sentía tranquilo porque había comulgado ese fin de semana. “¿Sabés? Desholliné la chimenea”, me dijo con calma. Tremenda metáfora porque minutos después comenzamos a producir una densa columna de humo negro que los Gloster aprovecharon para aproximarse sin ser avistados.

Fueron tres pasadas en el sentido de la eslora que dejaron de manifiesto la capacidad destructora de sus armas. Entre una y otra: pausas de combate para socorrer heridos, evaluar daños y darnos ánimo unos a otros.

Las secuencias del combate fueron de una intensidad y vértigo que superaron mi capacidad de registro, saturándome. Creo poseer una memoria fidedigna de los hechos trascendentales ocurridos, esos que vuelta a vuelta reaparecen como latigazos, a la manera de un virtual video-clip. Por tanto voy a narrarlos tal como surgen desde el fondo de mis recuerdos pero, por razones de precisión y también prácticas, dejaré de lado múltiples rostros de oficiales, suboficiales y cadetes que pugnan por emerger como actores vivos de

esa historia, para remitirme sólo a aquellas personas y casos con los que tuve contactos o vivencias directos.

La primera corrida sobre nuestro buque, ejecutada por los cuatro Gloster, se inició por la aleta de estribor y dejó un tendal de heridos en el puente de comando, señales y la Bofors 1. Cejas y Pieretti fueron los más afectados porque recibieron impactos directos que en el primer caso destrozaron su brazo derecho y en el otro perforaron brazo izquierdo y músculos de la cadera.

Cuando se estaba proveyendo de munición al montaje 1 un disparo perforante atravesó al proyectil superior del cargador que se retorció y trabó la ametralladora; además la carga impulsiva se incendió y tiñó de amarillo la barba espesa y renegrida del jefe de pieza, a quien apodábamos “el Mono” por esas características.

Otro proyectil, esta vez explosivo, detonó contra la pantalla de la Bofors y generó una onda que afectó a toda su dotación, particularmente a los más próximos. Rubio sufrió de lleno el efecto expansivo y quedó con la cara cuadrículada por hilillos de sangre: era una réplica exacta de esos pilotos heridos en las carlingas de sus aviones que habíamos visto tantas veces en películas de la Segunda Guerra Mundial. Minutos después de que esto ocurriera comentamos la providencial secuencia de estos proyectiles que, de haber sido inversa, hubiera provocado una catástrofe.

El capitán Colombo, que dirigía el fuego antiaéreo desde el puente, vivió un episodio singular por lo afortunado. Asomado al alerón, sufrió un corte de diez centímetros en su mejilla por efecto de un proyectil perforante desviado por la puerta metálica lateral (recién entonces comprendimos por qué eran tan pesadas) en la que grabó una trayectoria indeleble. Impávido, pese a la efusión de sangre que remarcaba su palidez habitual, colocó su pañuelo sobre la herida y repitió: “Continuar el fuego, continuar el fuego”.

Llegó un respiro para atender a los heridos. Cejas había bajado por sus propios medios las tres escalas desde el puente de señales, estaba extenuado y en shock. Con Bartolomé y Federici lo instalamos en una camilla de la enfermería, lo inyectamos y le practicamos un torniquete que sólo resultó efectivo cuando lo apretamos con... ¡un sable bayoneta!

Pieretti fue retirado del comando y llevado al contiguo cuarto de derrota para evitar cualquier movimiento que aumentara su hemorragia. Así, tendido en el piso y cubierto con una frazada, alcanzó a mover su brazo sano y sacó una “curita” del bolsillo de la faena. “Pónganme esto”, dijo con esa ironía y vitalidad que yo conocía desde la época de compañeros en el La Salle, y luego: “Por favor, traigan vinacho”.

El capitán Bachini, odontólogo, nos dictaba las normas que debíamos seguir en el tratamiento de los heridos. Cuando confirmó que quedaba una sola botella de suero (la restante la había inutilizado yo por inexperiencia y nerviosismo) decidió aplicársela a Cejas, que en ese momento ofrecía mayores probabilidades de recuperación, y nos supervisó, paso a paso, en la forma de realizarlo.

Después del primer ataque, el Jefe de Máquinas, teniente de navío Alejandro Sahores, acompañado por el cabo maquinista Juan Berezosky, había salido por el tambucho de máquinas en dirección a calderas para solucionar el grave problema que provocaba la emisión de humo negro. La segunda pasada ocurrió en ese preciso momento y fue de popa a proa. Los proyectiles hicieron impacto sobre la cubierta de acero cementado y rebotaron desparramando esquirlas en el sentido de crujía. Una se alojó bajo el esternón de Berezosky, matándolo en el acto, varias perforaron muslos y piernas de Sahores, que fue trasladado enseguida hasta la cucheta popel del sollado 3 para ser asistido. Las hemorragias, múltiples e incontenibles, provocaron su muerte muy rápido, no sin antes hacer formal entrega de su cargo en presencia del Comandante.

La misma ráfaga golpeó de lleno en el montaje de la Bofors 3, la inutilizó, causó la muerte de uno de los servidores, el joven marinero Raúl Machado, y heridas varias a los restantes hombres de su dotación.

A partir de ese momento nos turnábamos y complementábamos en la asistencia a los heridos: inyecciones calmantes, torniquetes, suero. Les hablábamos mucho para animarlos y contenerlos.

Nos habíamos agrupado cerca de la cocina a la espera de un poco de mate o caldo para los heridos y también para calmar nuestras tripas que trinaban de vacías. En el ínterin intercambiábamos experiencias recientes y noticias, entre ellas una que destacaba que durante el segundo ataque se había observado con nitidez una estela de humo que brotaba del ala de uno de los Gloster, lo que hacía suponer la posibilidad de haber sido alcanzado por la Bofors de Cánepa (dato desmentido a posteriori: había tenido fallas técnicas que lo forzaron a regresar).

El tercer ataque nos sorprendió durante el coloquio. También popel, en este caso realizado por tres Gloster y con una característica impresionante: las balas llegaron con nombre y apellido. La primera fue para el marinero Juan de Dios Vega —parado frente a la cocina esperaba turno para ranchar— que se desplomó en forma fulminante al recibir un proyectil en zona abdominal, a consecuencia del cual falleció en Uruguay dos días más tarde. Las siguientes eligieron a Alberto Turdera entre un grupo de diez hombres, provocándole impactos directos en brazo y muslo derechos que lo perforaron y trasladaron casi tres metros hasta estamparlo contra el mamparo. Más tarde comprobamos que también una esquirla, posible rebote, le había interesado un ojo. Lo llevaron en vilo hasta el soldado 3, le practicaron inmediatamente dos torniquetes y lo dejaron bajo la solícita atención de Toledo, Domínguez y Manchado.

Ya era pasado el mediodía cuando una escuadrilla de tres cazabombarderos Calquin y otra de pesados Avro Lincoln, arribadas después de iniciados los ataques y que habían permanecido orbitando en las proximidades durante su desarrollo, iniciaron una aproximación directa hacia nuestras unidades. Cuando la Bofors 2 se aprestaba a comenzar el fuego para repeler lo que parecía un ataque inminente, los aviones realizaron la típica maniobra de “caída de ala” y a continuación descargaron sus bombas al agua, muy lejos de nuestra posición. Empero, una suma de miedo e inexperiencia nos generaba la errónea sensación de ver caer esos racimos justo encima de nuestras cabezas.

La retirada

Mientras el *La Rioja* continuaba en combate y mantenía la intensidad de su fuego antiaéreo, nuestro *Cervantes* sumaba a su estado inicial de buque en reparaciones la cantidad de bajas sufridas y la neutralización casi total de su artillería antiaérea. Ante tal situación se decidió evitar la acción aérea aproximándonos muy cerca y a la par de un buque mercante, al que se le requirió asimismo disponibilidad de cirujano y suero para nuestros heridos. El *Sea Farer*, así se llamaba el carguero de bandera estadounidense, contestó negativamente ambos pedidos. Entonces se le ordenó poner rumbo a Montevideo y mantener la velocidad.

El teniente Noguier —lo recuerdo asistiendo en forma continua a los montajes Bofors y el único miembro de la plana mayor de “saco naval” durante toda la jornada— me transmitió la orden de apuntar al mercante con el cañón Vickers n° 1 para reforzar las indicaciones formuladas. Cumplí prestamente la directiva, giré el cañón hasta el través de babor e hice puntería... ¡por el ánimo! El bendito cierre había sido desmontado con anterioridad para ser recorrido.

Durante el trayecto hasta Uruguay prevaleció un sentimiento de esperanza basado en la posibilidad de pronto y adecuado tratamiento médico para nuestros heridos; sin embargo, no estuvo exento de preocupaciones, ya que a esa hora los calmantes resultaban ino-cuos, los torniquetes provocaban dolores insoportables y las probabilidades de shocks iban en aumento. Multiplicamos nuestro empeño y cuidados. La mayoría de los heridos estaba controlada, pero los casos de Pieretti, Cejas y Turdera parecían agravarse con el correr del tiempo y nos hacían temer desenlaces mortales...

Próximos a atracar en Montevideo divisamos al torpedero *La Rioja* maniobrando en el an-tepuerto. Ya había transbordado al remolcador *Capella* y *Pons* un cadete muerto, Edgardo Guillochon, a tres gravemente heridos, Juan Maañón, Wáshington Bárcena y José Luis Cor-tez, más otros seis de diversa consideración. Luego, sin dilaciones, enfiló hacia el canal de salida con ánimo de continuar la lucha.

En Uruguay

A partir del momento en que pasamos amarras el buque se convirtió en un hervidero. Mé-dicos y decenas de camilleros comenzaron a evacuar a los heridos hacia las ambulancias estacionadas en tierra. Desde la enfermería empezamos a gritar pidiendo ayuda porque el cuadro de Cejas empeoraba minuto a minuto y no habíamos recibido asistencia. Entonces salí a cubierta y presencié una imagen que fue portada de todos los diarios montevidea-nos del día siguiente: Pieretti, amarrado en una camilla, era bajado a tierra por una de las grúas del muelle. Al escuchar los aplausos y gritos de aliento de una multitud que llenaba los espigones, sacó su brazo sano de entre las tiras y lo levantó en señal de saludo.

Localicé camilleros y los guíé a la enfermería. Cejas había iniciado su agonía. Lo trasladamos a tierra en segundos. Instintivamente miré mi reloj: eran las seis en sombra de la tarde.



El BDI N° 11 atracando en Montevideo con 271 "liceales" a bordo. Atrás, el torpedero *Cervantes*.

Una hora después, restablecida la calma, el Comandante nos reunió para hablarnos. Sus primeras palabras fueron de agradecimiento por nuestra conducta general en combate y el profesionalismo con que habíamos actuado. Destacó varios casos de valor que lo habían admirado, entre los que recuerdo a la actitud de Duperron como relevo del timonel herido y su imperturbabilidad y eficiencia en las instancias más dramáticas. Luego nos in-

formó que el *Cervantes* y su tripulación iban a ser internados de acuerdo con las prescripciones del Derecho Internacional. Finalmente nos exhortó a no perder esperanzas porque muy pronto regresaríamos a la Argentina, aserto que en esas circunstancias nos pareció optimista en exceso.

Exequias y honores

Lo que sigue es conocido: la movilización de la sociedad uruguaya para brindar hogares a los cadetes del Liceo Naval Almirante Brown (los “liceales”), evacuados en su totalidad en el BDI N° 11 que providencialmente no fue atacado; el esmerado tratamiento médico a los marinos heridos que revirtió situaciones gravísimas y el estado general de solícita vigilia para atender todas aquellas necesidades surgidas de este acontecimiento extraordinario.



Los compañeros del cadete Cejas Duclós llevan su féretro en el cementerio de El Buceo.

Sin embargo, creo imperioso destacar un hecho que nos sacudió con la fuerza de un huracán y sigue conmoviéndonos cada vez que lo evocamos. El 17 de septiembre desembarcamos del torpedero *Cervantes* y nos presentamos en Migraciones para iniciar los trámites de la internación. Luego partimos hacia el cementerio de El Buceo —en esa rada Brown batió a la escuadra realista en 1814— para realizar la ceremonia fúnebre del traslado de nuestros muertos en combate hasta el depósito oficial. Portábamos los cinco féretros a lo largo de un camino interminable, rodeados de una multitud abigarrada que nos apretaba, abrazaba y lloraba mientras lanzaba exclamaciones de pesar: “¡Pobres madres... pobres esposas!”, que nos desgarraban el corazón y que sin duda nos hubieran hecho flaquear, de no haber contado con el apoyo y el ejemplo de serenidad de nuestro Segundo Comandante, capitán Elizalde Pietranera. El clímax se produjo cuando arribamos al depósito. En ese instante la multitud, el pueblo uruguayo, comenzó a bramar el himno argentino para honrar a nuestros muertos. La intensidad de la emoción que nos embargó sólo fue comparable, muchos años más tarde, a la pérdida de los seres más amados: padres, hermanos, amigos del alma.

Faltaba un broche para cerrar ese cúmulo de tensiones inmanejables y ocurrió pocos mi-

nutos después, cuando ya habíamos subido al ómnibus que debía trasladarnos hasta el cuartel de internación. Como en un raptó de psicosis colectiva los uruguayos rodearon al vehículo y al grito de “¡Libertad, libertad!” comenzaron a despojarse de elementos personales: pañuelos, billetes, cigarrillos, monedas y encendedores, para arrojarlos al interior del micro. De la sorpresa pasé a la angustia, porque no entendí entonces que esa manifestación escandalosa era apenas un intento de identificarse con nuestro dolor que protagonizaba aquella gente. Crucé la mirada con Bartolomé (el más antiguo), me levanté y ordené levantar los vidrios y partir hacia nuestro destino.

Llegamos al cuartel en estado crítico. Agotados física y espiritualmente, transidos de dolor y con la hambruna propia de la edad. Sin embargo, rechazamos el plato de “pirón” al consternado sargento que nos esperaba servicial y en cambio le pedimos al teniente X —su nombre se ha perdido en el fárrago de recuerdos pero su imagen sigue imborrable— que nos enseñara el himno uruguayo.

“¡Orientales, la patria o la tumba
Libertad o con gloria morir!”

Estrofas que desde entonces forman parte de nuestro acervo, porque simbolizan de manera categórica el espíritu de aquella gesta.

La batalla aeronaval del Río de la Plata constituyó nuestro bautismo de fuego, nos hizo hombres de golpe, afirmó nuestro orden de valores y selló amistades fraternas de por vida. Por eso, desde cuarenta y nueve años atrás, una comisión de marinos peregrinos de la promoción 83 recalca en la ciudad de Paraná, la patria chica de Carlos Alfredo Cejas Duclós, para renovar su homenaje por aquellos sacrificios. Justo para la época en que los lapachos del parque Ramírez están en flor. ■



ASBESTOS FREE

AISLANTES /TEFLON®/ GRILON / GRAFITOS / ADAMITE
E INSUMOS Y MATERIAS PRIMAS PARA MANTENIMIENTO
Y PRODUCCIÓN INDUSTRIAL EN AISLACIÓN Y SELLADO TÉRMICO - MECÁNICO

Chacabuco 1172 - (1069) Capital Federal

Tel.: 4361-1019 Rotativa / 9844 / 7426 - FAX directo: 4361-5611

Página: www.Jacasadelgrafito.com.ar E-mail: diazdesouza@ciudad.com.ar

EN LIBRE DE AMIANTO: TODO